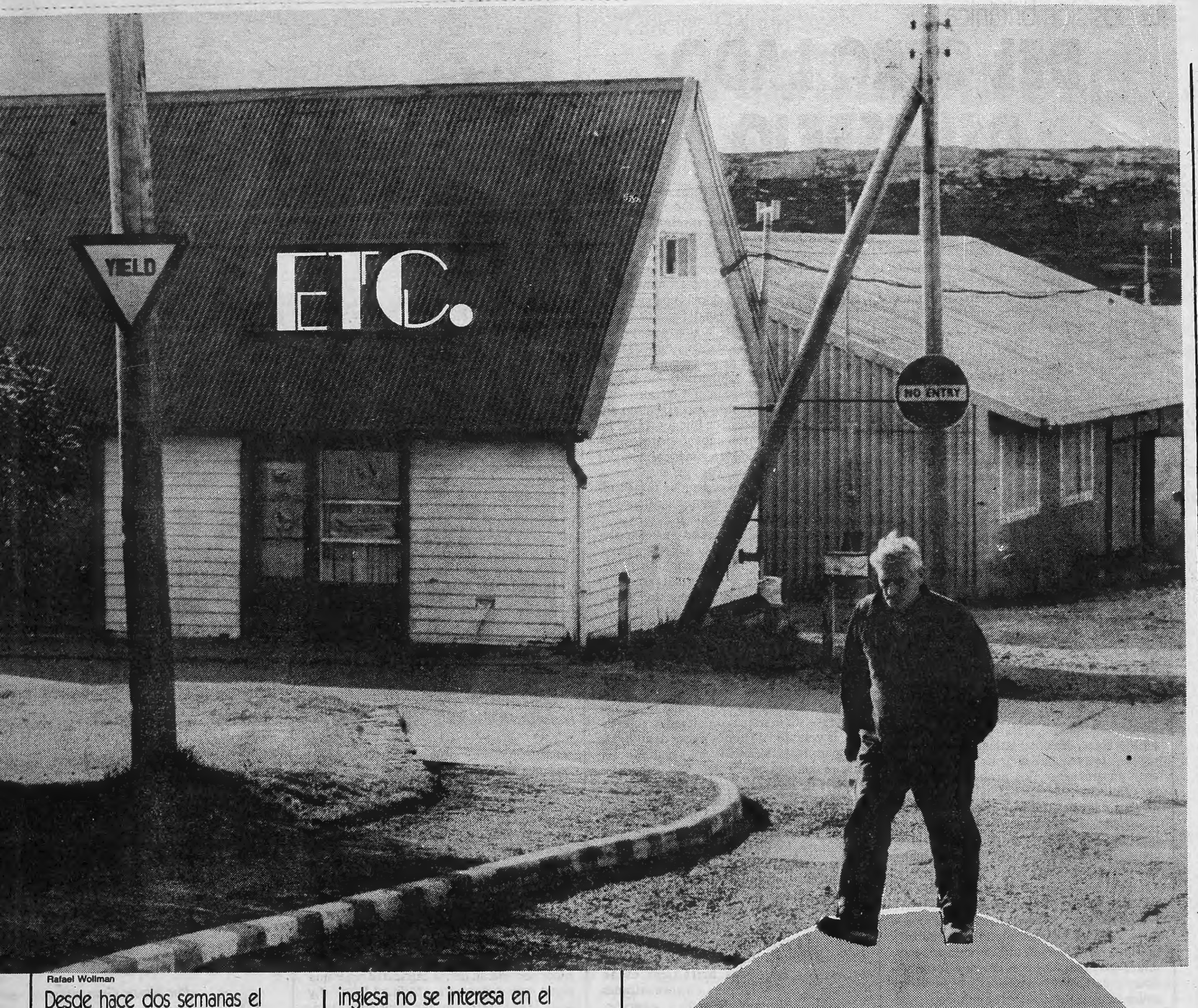


Rafael Wollman

Desde hace dos semanas el conflicto Malvinas acapara las primeras planas argentinas y hace renacer viejos temores: otra guerra, una invasión. En Inglaterra, en cambio, en sólo seis años el tema quedó confinado a las oficinas de Margaret Thatcher, un departamento del Foreign Office y unos pocos especialistas. Los isleños prefieren soñar con un futuro que se perfila promisorio antes que discutir cuestiones de soberanía. La opinión pública inglesa no se interesa en el problema más que cuando da lugar a pintorescas fotografías, como la de la primera ministra al mando de un tanque. Entre quienes ven más allá, se encuentra lord Averbury, el presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de los Comunes. Este suplemento intenta mostrar una perspectiva casi desconocida en la Argentina: el conflicto bajo la lente británica.

NO ENTRY

THE FALKLANDS
EL OJO INGLES

La posición británica

DEL OTRO LADO DEL ESPEJO

Por James Neilson

Según los diccionarios, el pedazo de tierra que los hispanohablantes conocen como "las Malvinas" es denominado "the Falklands" en inglés. Sin embargo, el tema de las Malvinas tiene poco que ver con el de las Falkland. Es como si los argentinos y británicos lo miraran a través de un telescopio pero desde extremos opuestos. Tal como sabemos muy bien, para aquéllos el problema parece enorme, obsesivo; para éstos, en cambio, es tan minúsculo que apenas si existe.

Ultimamente, la prensa británica ha comenzado a prestar cierta atención al tema: un pequeño párrafo aquí en la página cinco, otro, tres días después, allá en la sexta. Pero estas escasas notas se vinculan con la muy fuerte reacción argentina al ejercicio "Fire Focus", no con las maniobras como tales. A fin de cuentas, sólo participarán aproximadamente 600 soldados, un batallón, y la opinión pública británica no se interesa mucho en tales actividades a menos que produzcan oportunidades fotográficas: la primera ministra Margaret Thatcher al mando de un tanque, digamos, o la princesa Diana probándose un uniforme levemente pintoresco.

Se trata de prioridades. Para los británicos, los temas exteriores principales son, en este orden: Europa y la economía, los Estados Unidos y sus elecciones, la Unión Soviética y las vicisitudes de la glasnost, el Medio Oriente, los logros de los fabricantes y financistas japoneses, el trauma africano y, en último lugar, América latina. Dentro de la región, les preocupa el general Noriega, la crisis nicaragüense, los problemas brasileños, Pinochet, México y, finalmente, la Argentina y las perspectivas de la democracia resucitada. ¿La guerra de las Malvinas? Para muchos —no todos— ya parece tan lejana como la expedición Kitarenet contra el mahdi en el Sudán.

La evidente incapacidad británica para tomar en serio la disputa en torno de las Malvinas contribuyó a provocar la guerra. Después, durante algunos meses, el tema adquirió, a ojos ingleses, una importancia inédita. Pero desde entonces el orden de prioridades "natural" —para los británicos, se entiende— ha tendido a recomponerse. De vez en cuando los diarios envían a un corresponsal a las islas para sondear el estado de ánimo de los muy aburridos soldados allí estacionados. Hace poco, un reportero del diario centroizquierdista y muy antithatcherista *The Guardian* volvió a Ushuaia donde estuvo preso por "espionaje" —para el "proceso" todo periodista era un espía— mientras duró la contienda. Aludió a los carteles que proclaman que las Malvinas son argentinas que vio por doquier y se puso de acuerdo con un taxista chileno en que "los argentinos son locos". Si piensan así los reporteros del *The Guardian*, diario siempre dispuesto a simpatizar con los pueblos de zonas subdesarrolladas, es fácil imaginar la opinión de conservadores nacionalistas.

Dentro de la minoría que se interesa en los temas de la política exterior —la mayoría, al igual que en todas partes, tiende a tratar al resto del mundo desde una perspectiva futbolística, enfervorizándose por unos y oponiéndose a otros por motivos tan complejos como excéntricos— pueden dividirse las opiniones en tres grupos. Uno se compone de quienes dan por descontado que las islas son británicas mientras los isleños lo prefieran así: para ellos, los argumentos históricos no tienen importancia alguna. Otro consiste en los bien dispuestos: quieren respaldar la democracia argentina y por eso no se opondrían a conversaciones sobre el tema. El tercer grupo lo conforman los pragmáticos: piensan en los factores económicos, el futuro de la relación anglolatinoamericana, la "estrategia militar", la defensa de las rutas marítimas: antes de la guerra se inclinaron por un arreglo pacífico aunque comportara la transferencia de soberanía o, especulaban, un dominio compartido. Sin embargo, ahora han perdido interés en tales alternativas. ¿Existe un lobby pro argentino dispuesto a aceptar la tesis de Buenos Aires? En teoría, sí, pero salvo algunos académicos contestatarios, interesados en América latina por razones profesionales, consiste en personas de ciudadanía británica pero de origen argentino o de latinoamericanos asentados en el país. Su influencia es nula.

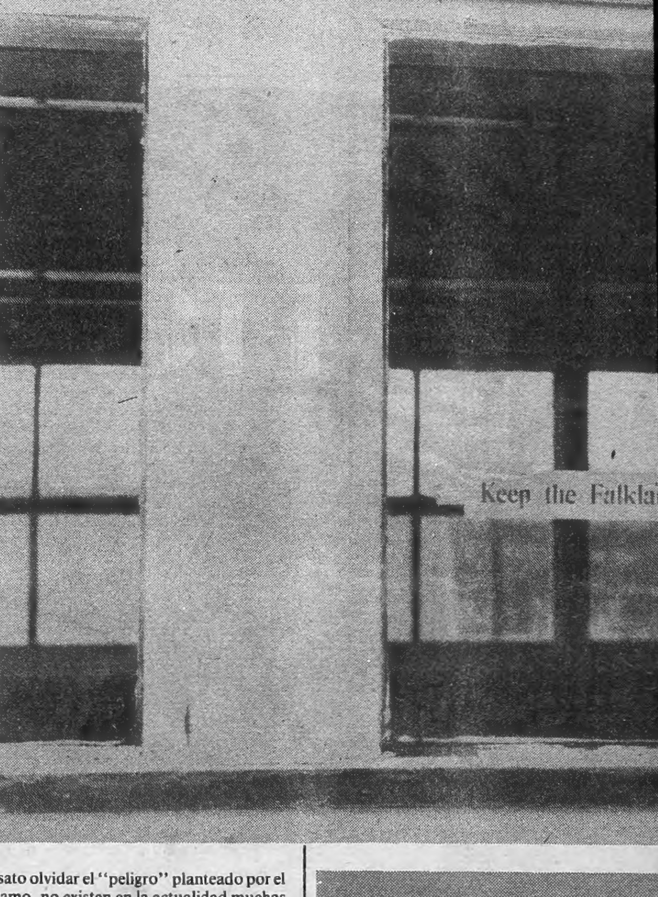
Al finalizar la guerra, los británicos se preocuparon por los costos de defender lo reconquistado. Esos no eran prohibitivos, pero en una democracia es normal discutir el destino de cada centavo procedente del erario público y el gobierno tiene que justificarlo. A partir de los últimos meses de 1986, sin embargo, este problema comenzó a desaparecer. Gracias a la venta de licencias de pesca, las Malvinas se convirtieron en un excelente negocio: pueden pagar los costos de la "Fortaleza Falklands" —que no es tan grande— sin excesivas dificultades. Asimismo, la voluntad de tantos países de comprar los permisos británicos ha resultado ser mucho más elocuente que las votaciones anuales de las Naciones Unidas, las cuales fastidian a los diplomáticos —se trata de su orgullo profesional— pero pasan inadvertidas para los demás, obsesionados como están por Europa, los Estados Unidos, la Unión Soviética, y así por el estilo.

Aquellos comentaristas que tratan de buscar una explicación de las maniobras en la "política interna" británica se equivocan. En la actualidad el país, y, sobre todo, el gobierno, está pasando por un buen momento. Campea cierto triunfalismo. La economía crece, las empresas británicas están comprando corporaciones norteamericanas a granel, el desempleo tiende a reducirse, existe una fuerte sensación de progreso material. Además, los británicos se sienten muy satisfechos de su papel en el escenario internacional: creen que las atenciones a Margareth Thatcher que brindan Mijail Gorbachov y otros dirigentes confirman su protagonismo. Por cierto, nadie tiene necesidad de reavivar el conflicto del muy remoto Atlántico del Sur. También se equivocan políticos como el gobernador Carlos Saúl Menem que dicen ver la mano estadounidense "manipulando" a la dama de hierro: los norteamericanos preferirían ver resuelto este problema porque afecta a su "patio trasero", pero ocurre que los británicos no tienen motivos para hacerles caso.

Como quiera que el batallón de "Fire Focus" no propone demostrar su capacidad bélica mediante la ocupación de trozos del continente, los preparativos militares defensivos argentinos no preocupan a los británicos. Creen que tienen más que ver con la política interna argentina que con el pleito. Asimismo, el estado de las Fuerzas Armadas, tal como lo reveló el rocambulesco asunto del ex teniente coronel Rico, confirma el punto de vista general, es decir, que si bien sería poco sensato olvidar el "peligro" planteado por el reclamo, no existen en la actualidad muchas posibilidades de que el conflicto se reanude en el terreno físico.

Lo mismo que los demás países occidentales desarrollados, Gran Bretaña conduce su política exterior según pautas pragmáticas. Su percepción del derecho y de la justicia (y pocos creen que en las Malvinas no cuentan ni con el derecho ni con la justicia) constituye un factor de peso relativo, pero es siempre necesario tomar en cuenta otros factores tales como la capacidad de presión del eventual adversario. En este caso, los británicos consideran que la capacidad argentina no es muy importante. ¿Militar? Es débil y todo ataque sería contraproducente. ¿Económica? La Argentina está en bancarrota y Gran Bretaña es un integrante poderoso del establishment financiero mundial. ¿Diplomática? A menos que las superpotencias y los principales países europeos —Francia y Alemania— comiencen a proferir amenazas, lo cual es muy poco probable, seguirá siendo apenas perceptible.

Quienes tienen la visión más sofisticada —y, tal vez, más realista— del problema son los estrategas del Foreign Office que se preocupan por el futuro de la zona y por la relación de Gran Bretaña con la Argentina en los próximos decenios. De convencerse de que la Argentina estaría por transformarse en una democracia pujante en lo económico y sobria en lo político, de la cual valdría la pena ser amigo aunque fuera a costa de cierto sacrificio, estarían en condiciones de producir algunos cambios. Pero hechos como las esporádicas rebeliones operáticas militares —y la reacción, según ellos exagerada, ante "Fire Focus"— sólo sirven para dar armas a la mayoría indiferente para la cual el asunto de las Malvinas constituye un "problema argentino" y por lo tanto menor, y no un "problema internacional".







"MARGA... ACTUO P...

Por Martín Granovsky

Durante una conversación en inglés de media hora, lord Averbury usó una sola palabra en español: machismo. "Por machismo —dijo mientras reía en la línea— Mrs. Thatcher decidió las maniobras en el Atlántico Sur."

Lord Averbury es presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento británico y miembro del Partido Liberal, de oposición centrista. Dirigente de Amnistía Internacional y excelente conocedor de la política sudamericana, en setiembre de 1986 explicó en Buenos Aires su tesis: Londres debe negociar con la Argentina la solución del conflicto Malvinas. Lord Averbury repitió el viernes a la tarde por teléfono la misma tesis para este diario. Y agregó una frase para definir a la primera ministra del gobierno conservador. "Mrs. Thatcher's will is the law", dijo en su inglés de Oxford. La voluntad de la señora Thatcher es la ley.

—*¿Cuál es su crítica a las maniobras?* —preguntó **Página/12.**

—Nos creará más problemas con los países de América latina —respondió lord Averbury—. Yo no quiero otra vez un conflicto agudo en el Atlántico Sur. Quiero a la Argentina sentada discutiendo con Gran Bretaña cómo solucionar ese conflicto.

—*Pero como usted sabe, la posición argentina es que sólo se sentará a negociar si la agenda incluye el tema de la soberanía.*

—Por supuesto.

—*¿Está de acuerdo en que la soberanía se discuta?*

—Naturalmente. No es realista de parte de Gran Bretaña decir que nunca va a tratar ese aspecto con la Argentina.

—*¿Para usted las maniobras tam-*

La posición británica

DEL OTRO LADO DEL ESPEJO

Por James Neilson

Según los diccionarios, el pedazo de tierra que los hispanohablantes conocen como "las Malvinas" es denominado "the Falklands" en inglés. Sin embargo, el tema de las Malvinas tiene poco que ver con el de las Falkland. Es como si los argentinos y británicos lo miraran a través de un telescopio pero desde extremos opuestos. Tal como sabemos muy bien, para aquéllos el problema parece enorme,obsesivo; para éstos, en cambio, es tan minúsculo que apenas si existe.

Ultimamente, la prensa británica ha comenzado a prestar cierta atención al tema: un pequeño párrafo aquí en la página cinco, otro, tres días después, allá en la sexta. Pero estas escasas notas se vinculan con la muy fuerte reacción argentina al ejercicio "Fire Focus", no con las maniobras como tales. A fin de cuentas, sólo participarán aproximadamente 600 soldados, un batallón, y la opinión pública británica no se interesa mucho en tales actividades a menos que produzcan oportunidades fotográficas: la primera ministra Margaret Thatcher al mando de un tanque, digamos, o la princesa Diana probándose un uniforme levemente pintoresco.

Se trata de prioridades. Para los británicos, los temas exteriores principales son, en este orden: Europa y la economía, los Estados Unidos y sus elecciones, la Unión Soviética y las vicisitudes de la glasnost, el Medio Oriente, los logros de los fabricantes y financistas japoneses, el trauma africano y, en último lugar, América latina. Dentro de la región, les preocupa el general Noriega, la crisis nicaragüense, los problemas brasileños, Pinochet, México y, finalmente, la Argentina y las perspectivas de la democracia resucitada. ¿La guerra de las Malvinas? Para muchos —no todos— ya parece tan lejana como la expedición Kitarenet contra el mahdi en el Sudán.

La evidente incapacidad británica para tomar en serio la disputa en torno de las Malvinas contribuyó a provocar la guerra. Después, durante algunos meses, el tema adquirió, a ojos ingleses, una importancia inédita. Pero desde entonces el orden de prioridades "natural" —para los británicos, se entiende— ha tendido a recomponerse. De vez en cuando los diarios envían a un corresponsal a las islas para sondear el estado de ánimo de los muy aburridos soldados allí estacionados. Hace poco, un reportero del diario centroizquierdista y muy antithatcherista *The Guardian* volvió a Ushuaia donde estuvo preso por "espionaje" —para el "proceso" todo periodista era un espía— mientras duró la contienda. Aludió a los carteles que proclaman que las Malvinas son argentinas que vio por doquier y se puso de acuerdo con un taxista chileno en que "los argentinos son locos". Si piensan así los reporteros del *The Guardian,* diario siempre dispuesto a simpatizar con los pueblos de zonas subdesarrolladas, es fácil imaginar la opinión de conservadores nacionalistas.

Dentro de la minoría que se interesa en los temas de la política exterior —la mayoría, al igual que en todas partes, tiende a tratar al resto del mundo desde una perspectiva futbolística, enfervorizándose por unos y oponiéndose a otros por motivos tan complejos como excéntricos— pueden dividirse las opiniones en tres grupos. Uno se compone de quienes dan por descontado que las islas son británicas mientras los isleños lo prefieran así: para ellos, los argumentos históricos no tienen importancia alguna. Otro consiste en los bien dispuestos: quieren respaldar la democracia argentina y por eso no se opondrían a conversaciones sobre el tema. El tercer grupo lo conforman los pragmáticos: piensan en los factores económicos, el futuro de la relación anglolatinoamericana, la "estrategia militar", lá defensa de las rutas marítimas: antes de la guerra se inclinaron por un arreglo pacífico aunque comportara la transferencia de soberanía o, especulaban, un dominio compartido. Sin embargo, ahora han perdido interés en tales alternativas. ¿Existe un lobby pro argentino dispuesto a aceptar la tesis de Buenos Aires? En teoría, sí, pero salvo algunos académicos contestatarios, interesados en América latina por razones profesionales, consiste en personas de ciudadanía británica pero de origen argentino o de latinoamericanos asentados en el país. Su influencia es nula.

Al finalizar la guerra, los británicos se preocuparon por los costos de defender lo reconquistado. Esos no eran prohibitivos, pero en una democracia es normal discutir el destino de cada centavo procedente del erario público y el gobierno tiene que justificarlo. A partir de los últimos meses de 1986, sin embargo, este problema comenzó a desaparecer. Gracias a la venta de licencias de pesca, las Malvinas se convirtieron en un excelente negocio: pueden pagar los costos de la "Fortaleza Falklands" —que no es tan grande— sin excesivas dificultades. Asimismo, la voluntad de tantos países de comprar los permisos británicos ha resultado ser mucho más elocuente que las votaciones anuales de las Naciones Unidas, las cuales fastidian a los diplomáticos —se trata de su orgullo profesional— pero pasan inadvertidas para los demás, obsesionados como están por Europa, los Estados Unidos, la Unión Soviética, y así por el estilo.

Aquellos comentaristas que tratan de buscar una explicación de las maniobras en la "política interna" británica se equivocan. En la actualidad el país, y, sobre todo, el gobierno, está pasando por un buen momento. Campea cierto triunfalismo. La economía crece, las empresas británicas están comprando corporaciones norteamericanas a granel, el desempleo tiende a reducirse, existe una fuerte sensación de progreso material. Además, los británicos se sienten muy satisfechos de su papel en el escenario internacional: creen que las atenciones a Margareth Thatcher que brindan Mijail Gorbachov y otros dirigentes confirman su protagonismo. Por cierto, nadie tiene necesidad de reavivar el conflicto del muy remoto Atlántico del Sur. También se equivocan políticos como el gobernador Carlos Saúl Menem que dicen ver la mano estadounidense "manipulando" a la dama de hierro: los norteamericanos preferirían ver resuelto este problema porque afecta a su "patio trasero", pero ocurre que los británicos no tienen motivos para hacerles caso.

Como quiera que el batallón de "Fire Focus" no propone demostrar su capacidad bélica mediante la ocupación de trozos del continente, los preparativos militares defensivos argentinos no preocupan a los británicos. Creen que tienen más que ver con la política interna argentina que con el pleito. Asimismo, el estado de las Fuerzas Armadas, tal como lo reveló el rocambulesco asunto del ex teniente coronel Rico, confirma el punto de vista general, es decir, que si bien sería poco sensato olvidar el "peligro" planteado por el reclamo, no existen en la actualidad muchas posibilidades de que el conflicto se reanude en él terreno físico.

Lo mismo que los demás países occidentales desarrollados, Gran Bretaña conduce su política exterior según pautas pragmáticas. Su percepción del derecho y de la justicia (y pocos creen que en las Malvinas no cuentan ni con el derecho ni con la justicia) constituye un factor de peso relativo, pero es siempre necesario tomar en cuenta otros factores tales como la capacidad de presión del eventual adversario. En este caso, los británicos consideran que la capacidad argentina no es muy importante. ¿Militar? Es débil y todo ataque sería contraproducente. ¿Económica? La Argentina está en bancarrota y Gran Bretaña es un integrante poderoso del establishment financiero mundial. ¿Diplomática? A menos que las superpotencias y los principales países europeos —Francia y Alemania— comiencen a proferir amenazas, lo cual es muy poco probable, seguirá siendo apenas perceptible.

Quienes tienen la visión más sofisticada —y, tal vez, más realista— del problema son los estrategas del Foreign Office que se preocupan por el futuro de la zona y por la relación de Gran Bretaña con la Argentina en los próximos decenios. De convencerse de que la Argentina estaría por transformarse en una democracia pujante en lo económico y sobria en lo político,de la cual valdría la pena ser amigo aunque fuera a costa de cierto sacrificio, estarían en condiciones de producir algunos cambios. Pero hechos como las esporádicas rebeliones operáticas militares —y la reacción, según ellos exagerada, ante "Fire Focus"— sólo sirven para dar armas a la mayoría indiferente para la cual el asunto de las Malvinas constituye un "problema argentino" y por lo tanto menor, y no un "problema internacional".





Rafael Wollman

Los isleños también crearon consignas: "Conservemos las Falklands inglesas".

Lord Averbury

"MARGARET THATCHER ACTUO POR MACHISMO"

Por Martín Granovsky

Durante una conversación en inglés de media hora, lord Averbury usó una sola palabra en español: machismo. "Por machismo —dijo mientras reía en la línea— Mrs. Thatcher decidió las maniobras en el Atlántico Sur."

Lord Averbury es presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento británico y miembro del Partido Liberal, de oposición centrista. Dirigente de Amnistía Internacional y excelente conocedor de la política sudamericana, en setiembre de 1986 explicó en Buenos Aires su tesis: Londres debe negociar con la Argentina la solución del conflicto Malvinas. Lord Averbury repitió el viernes a la tarde por teléfono la misma tesis para este diario. Y agregó una frase para definir a la primera ministra del gobierno conservador. "Mrs. Thatcher's will is the law", dijo en su inglés de Oxford. La voluntad de la señora Thatcher es la ley.

—¿Cuál es su crítica a las maniobras? —preguntó **Página/12.**

—Nos creará más problemas con los países de América latina —respondió lord Averbury—. Yo no quiero otra vez un conflicto agudo en el Atlántico Sur. Quiero a la Argentina sentada discutiendo con Gran Bretaña cómo solucionar ese conflicto.

—Pero como usted sabe, la posición argentina es que sólo se sentará a negociar si la agenda incluye el tema de la soberanía.

—Por supuesto.

—¿Está de acuerdo en que la soberanía se discuta?

—Naturalmente. No es realista de parte de Gran Bretaña decir que nunca va a tratar ese aspecto con la Argentina.

—¿Para usted las maniobras tampoco tienen justificación militar?

—De ninguna manera. Son injustificables.

—¿Cree que las maniobras están ordenadas por la Organización del Tratado del Atlántico Norte?

—No. Son sólo británicas. Recuerde, siguiendo el votö de cada país en las asambleas generales de las Naciones Unidas, que no todas las naciones de Europa coinciden en que no se entablen negociaciones con la Argentina. No todos acuerdan con Mrs. Thatcher.

—¿Tampoco advierte un cambio posible en la actitud de la primera ministra?

—No. Repase la historia desde que ella asumió el gobierno y verá que no se registró ningún progreso hacia el entendimiento entre los dos países. Mientras Mrs. Thatcher esté en el poder, además, no habrá progreso. ¡Es que no está interesada en discutir!

—Ese diagnóstico deja pocas perspectivas para la Argentina.

—La Argentina debe ser paciente. Tiene que entender que no todos en Gran Bretaña están de acuerdo con la política intansigente de Mrs. Thatcher y, por el contrario, desean una solución diplomática aceptable, tanto para el pueblo argentino, como para los habitantes de las islas.

—¿A qué atribuye la decisión de las maniobras?

—Es machismo. No puedo imaginar razones militares. Si en el mundo es difícil entender por qué Mrs. Thatcher toma ciertas medidas, créame que a veces también a nosotros en Gran Bretaña nos resulta incomprensible. Aquí la voluntad de Mrs. Thatcher es la ley.

—¿Y el Parlamento?

—Para algunos temas, Mrs Thatcher actúa dictatorialmente.

—¿La influencia parlamentaria es nula?

—Más bien es pequeña. No creo que pueda hacer mucho sobre las maniobras.

—¿Qué argumentos ofrece a cambio el gobierno?

—Ninguno. No tiene el menor interés en discutir, de modo que no necesita dar argumentos en favor de su propia posición a gente como nosotros, gente preocupada por el peligro que significa para la política exterior británica endurecer las relaciones con todo el subcontinente latinoamericano.

—¿Las maniobras preocupan, en general, a los británicos?

—No a todos, pero preocupan. Usted imaginará que las posiciones, por ejemplo en los medios de comunicación, están divididas entre los que dicen que los ejercicios militares son provocativos y quienes los consideran un acierto de Mrs. Thatcher.

—Usted integra el primer grupo.

—Las maniobras son provocativas.

—En 1989 habrá en la Argentina elecciones presidenciales para dirimir si el sucesor de Alfonsín será radical o peronista. ¿Advierte algún cambio según quien triunfe?

—Alfonsín, hoy, merece el respeto de la comunidad internacional. Se sabe que está comprometido firmemente con una solución política y no militar para el conflicto. En cuanto a los peronistas, lógicamente se creará un período de incertidumbre, pero no por la posición del peronismo en sí misma sino por la previsible espera de la comunidad de naciones hasta comprobar que el nuevo gobierno mantiene una estrategia no belicista.

—¿Planea visitar otra vez Buenos Aires?

—Si me invita...

—De acuerdo.

—Muchas gracias. Entonces, hasta Buenos Aires.

"Gracias, Galtieri"

LA METAMORFOSIS DE MALVINAS

Por A.F.

En Malvinas todavía sonríen al recordar los gestos desesperados de los conductores, cuando en los primeros días de la ocupación los argentinos modificaron las normas de tránsito: entonces podía verse a los poseedores de alguno de los 370 vehículos haciendo denodados esfuerzos por mantenerse a la derecha. Pero la anécdota pertenece al pasado. Ahora son muchos los isleños que piensan que a la larga la invasión resultó tener un costado positivo.

"Galtieri nos hizo un favor", dice Harold Robins, secretario de Finanzas de las Malvinas. Las islas están frente a un boom económico inimaginable en otras épocas. Los ingresos derivados de la pesca desde el año pasado, cuando entró en vigor la zona de conservación de 150 millas, triplicaron los ingresos. Las 220 licencias concedidas en la primera temporada aportaron 14 millones de libras (unos 26 millones de dólares) a las arcas locales.

A falta de cine, los videos irrumpieron con furor. Existen 496 aparatos para una población de apenas 2000 personas. Los video club compiten con el otro entretenimiento posible en la capital: los tres pubs que venden bebidas alcohólicas, una de las cosas que nunca escasea en las islas. La dieta de los isleños también acusó el impacto del desarrollo: el jardín hidropónico recientemente inaugurado les permitió conocer el sabor del tomate, la lechuga y otras verduras que ahora acompañan la habitual carne de oveja.

En lo que hace a las tierras, no hubo en cambio demasiadas reformas: las mayores extensiones no están en manos de los isleños sino de propietarios que viven en Londres. Pese a que en los informes realizados tras la guerra se sugirió lotear algunos terrenos y venderlos en parcelas, no existen mayores avances en este sentido. Las Falklands Islands Company sigue siendo la principal propietaria, con un 40 por ciento de las tierras.

Recuerdos de la guerra

La guerra todavía está presente. Cañones y restos de aviones se convirtieron en trofeos que adornan los jardines. Menos decorativos, aún persisten decenas de campos minados, especialmente alrededor de la capital. Tras sufrir varias bajas, las tropas británicas renunciaron a limpiarlos y optaron por rodearlos de alambrados y advertencias.

Las largas tardes en The Globe, el bar más exitoso,desgranan los recuerdos del '82. Las bromas a los soldados argentinos, repetidas una y otra vez, aún arrancan algunas risas. La más popular es la que hacían los prisioneros de Goose Green amenazando con la llegada de los gurkhas, que supuestamente cortarían orejas y narices de sus adversarios. "¿Cómo sabe si llegaron los gurkhas?", preguntaban los soldados argentinos que caían en la trampa. La respuesta era siempre la misma: "Si usted puede dar vuelta la cabeza significa que todavía no llegaron".

Después de la cuarta cerveza tibia, algunos también se acuerdan del primero y único prostíbulo de Stanley (Puerto Argentino), abierto en octubre de 1982. Hizo un buen negocio con los 4000 soldados apostados en las islas, hasta que la noticia llegó a oídos de un jefe militar, que ordenó clausurarlo. Las relaciones con las tropas, que duplicaban en número a la población civil, dieron lugar a fricciones. En un principio los soldados apodaron a los isleños "Benny" en honor a un personaje de una tira televisiva inglesa que usaba un gorro similar al de los habitantes de las Malvinas. La broma se convirtió en un conflicto a tal punto que el comandante de las tropas llegó a prohibir el apodo.

Otro tema de conversación son los recién llegados. Ingenieros, economistas, abogados y profesores arribaron desde Londres y muchas veces reciben salarios más altos que los locales, lo cual genera la irritación de los isleños. Algunos tampoco ven con buenos ojos la "importación" de mano de obra de la isla de Santa Elena para suplir las carencias del lugar.

El mismo tipo de conflicto se suscitó con la construcción del aeropuerto de Mont Pleasant. Los obreros llegados de Gran Bretaña recibían un pago seis veces superior al de los trabajadores locales. En la inauguración estuvieron presentes la mitad de los pobladores: para la escasez de diversiones habituales, el hecho constituía todo un espectáculo. Un avión de la Real Fuerza Aérea descendió en la nueva pista, el príncipe Andrés estuvo a cargo del discurso y hasta hubo una torta de tres metros para celebrar la ocasión.

Tradición o desarrollo

Ahora la discusión que exalta más ánimos tiene que ver, obviamente, con el futuro de las islas. Algunos se inclinan por un pleno desarrollo, mientras que otros preferirían conservar la tradición. Incluso se baraja la posibilidad de un referéndum para dirimir la cuestión. Pese a los últimos cambios, las islas siguen manteniendo buena parte de la antigua fisonomía. La gente aún hace el pan en sus casas, no hay cines ni televisión, ni existen las tiendas de compostura de zapatos. Para los isleños, las prioridades ahora son la educación, la construcción de viviendas y el transporte: no hay casi carreteras y el medio habitual de desplazamiento es el Land Rover y la avioneta. Los jóvenes plantean otro requisito: entretenimiento. Fuera del video y del único restaurante, Monty's, las islas no ofrecen diversión.

Las Malvinas dependen del avión que llega de Londres dos veces por semana y del barco que cada mes y medio les trae lo necesario para la subsistencia. Durante mucho tiempo el correo llegó una vez al mes; los pobladores no terminan de acostumbrarse al ritmo actual, que lo trae cada dos o tres días.

Hace poco, el gobierno local vetó la entrada de dos argentinos que habían solicitado permiso en Londres para instalarse en las islas. Los isleños, sin embargo, no demuestran ya tanto rencor hacia este país. La enseñanza del español, suspendida tras el conflicto, ha vuelto a las escuelas. En Port William —Malvina occidental— dicen incluso que los argentinos no se portaron "tan mal". Allí los soldados dejaron una motocicleta, la primera que llegó a esa población de 40 habitantes.

Los pobladores la incorporaron a sus hábitos y compraron otras. Habían descubierto un buen método para perseguir a sus ovejas en los pedregosos terrenos.

Desde las islas Malvinas Andrés Ortega (El País). Juan Carlos Riste.

La profecía de Darwin

La travesía a bordo del Beagle llegaba a su fin. De pie en la cubierta, el inglés clavó la vista en el horizonte hasta que las islas dejaron de ser manchas borrosas y aparecieron las primeras casas. A su espalda, la voz del capitán Fitzroy urgía los preparativos para el desembarco.

"Llegamos aquí —escribió más tarde— y encontramos, con gran sorpresa, que estaba izada la bandera británica. Supongo que la ocupación de este lugar apenas ha sido mencionada en los diarios ingleses, pero hemos sabido que la parte sur de América está convulsionada por ello. Por los terribles comentarios de Buenos Ayres, uno podría suponer que esta gran república piensa declarar la guerra a Inglaterra."

El recién llegado era Charles Darwin. Corría 1833 y el científico empezaba un viaje de investigación de cinco años por América del Sur y las islas del Pacífico. Dos meses antes, marinos británicos habían desembarcado en las Malvinas, expulsado al gobernador militar argentino y plantado su insignia.

Bajo una lluvia que parecía interminable, Darwin recorrió a caballo la isla. Tenía entonces 24 años y la violencia del paisaje lo impactó. "La tierra es baja y ondulada —escribió— con picos de piedra y cerros desnudos; está cubierta en todas partes por una vegetación marrón, como de alambre. Se ven muy pocas plantas y, excepto agachadizas y conejos, casi ningún animal. Por la uniformidad del marrón, todo el paisaje tiene un aire de desolación extrema."

En abril, Darwin partió para seguir sus estudios en otras tierras. El Beagle volvió a recalar en las Malvinas un año después. El panorama que encontraron entonces les resultó desolador. "Con el pretexto de una revolución —escribió a su hermana Catherine— los gauchos habían asesinado y saqueado a todos los ingleses que pudieron agarrar. Aquí, nosotros, como el perro del hortelano, tomamos una isla y dejamos una bandera para protegerla; su poseedor, por supuesto, fue asesinado. Sin embargo un hombre de guerra se aventuró con varios marinos y con su ayuda y la traición de algunos del grupo, los asesinatos han sido castigados. Ahora hay tantos prisioneros como habitantes."

Años más tarde, Darwin volvió sobre las observaciones que había realizado en las Malvinas y encontró apoyo en ellas para su teoría sobre la evolución de las especies. No imaginó, en cambio, que sus otros comentarios pudieran tener algún significado con el tiempo, cuando escribió a su hermana: "Algún día esta isla se convertirá en un lugar de paso muy importante, en el mar más turbulento del mundo".



Rafael Wolman

Los isleños también crearon consignas: "Conservemos las Falklands inglesas".

Lord Averbury

ARET THATCHER OR MACHISMO"

tienen justificación militar?
De ninguna manera. Son injustiles.
¿Cree que las maniobras están ordas por la Organización del Tradel Atlántico Norte?
No. Son sólo británicas. Recuerguiendo el votó de cada país en sambleas generales de las Nas Unidas, que no todas las nas de Europa coinciden en que no tablen negociaciones con la Arna. No todos acuerdan con Mrs. cher.
¿Tampoco advierte un cambio le en la actitud de la primera mi?
No. Repase la historia desde que sumió el gobierno y verá que no gistró ningún progreso hacia el dimiento entre los dos países. tras Mrs. Thatcher esté en el poademás, no habrá progreso. ¡Es o está interesada en discutir!
Ese diagnóstico deja pocas persvas para la Argentina.
La Argentina debe ser paciente. que entender que no todos en Bretaña están de acuerdo con la ca intransigente de Mrs. Thatcher r el contrario, desean una soludiplomática aceptable, tanto papueblo argentino, como para los antes de las islas.
A qué atribuye la decisión de las obras?
Es machismo. No puedo imagizones militares. Si en el mundo ficil entender por qué Mrs. her toma ciertas medidas, créue a veces también a nosotros en Bretaña nos resulta incomprenAquí la voluntad de Mrs. her es la ley.
Y el Parlamento?
ara algunos temas, Mrs her actúa dictatorialmente.
La influencia parlamentaria es nula?
—Más bien es pequeña. No creo que pueda hacer mucho sobre las maniobras.
—*¿Qué argumentos ofrece a cambio el gobierno?*
—Ninguno. No tiene el menor interés en discutir, de modo que no necesita dar argumentos en favor de su propia posición a gente como nosotros, gente preocupada por el peligro que significa para la política exterior británica endurecer las relaciones con todo el subcontinente latinoamericano.
—*¿Las maniobras preocupan, en general, a los británicos?*
—No a todos, pero preocupan. Usted imaginará que las posiciones, por ejemplo en los medios de comunicación, están divididas entre los que dicen que los ejercicios militares son provocativos y quienes los consideran un acierto de Mrs. Thatcher.
—*Usted integra el primer grupo.*
—Las maniobras son provocativas.
—*En 1989 habrá en la Argentina elecciones presidenciales para dirimir si el sucesor de Alfonsín será radical o peronista. ¿Advierte algún cambio según quien triunfe?*
—Alfonsín, hoy, merece el respeto de la comunidad internacional. Se sabe que está comprometido firmemente con una solución política y no militar para el conflicto. En cuanto a los peronistas, lógicamente se creará un período de incertidumbre, pero no por la posición del peronismo en sí misma sino por la previsible espera de la comunidad de naciones hasta comprobar que el nuevo gobierno mantiene una estrategia no belicista.
—*¿Planea visitar otra vez Buenos Aires?*
—Si me invita...
—*De acuerdo.*
—Muchas gracias. Entonces, hasta Buenos Aires.

"Gracias, Galtieri"

LA METAMORFOSIS DE MALVINAS

Por A.F.

En Malvinas todavía sonríen al recordar los gestos desesperados de los conductores, cuando en los primeros días de la ocupación los argentinos modificaron las normas de tránsito: entonces podía verse a los poseedores de alguno de los 370 vehículos haciendo denodados esfuerzos por mantenerse a la derecha. Pero la anécdota pertenece al pasado. Ahora son muchos los isleños que piensan que a la larga la invasión resultó tener un costado positivo.

"Galtieri nos hizo un favor", dice Harold Robins, secretario de Finanzas de las Malvinas. Las islas están frente a un boom económico inimaginable en otras épocas. Los ingresos derivados de la pesca desde el año pasado, cuando entró en vigor la zona de conservación de 150 millas, triplicaron los ingresos. Las 220 licencias concedidas en la primera temporada aportaron 14 millones de libras (unos 26 millones de dólares) a las arcas locales.

A falta de cine, los videos irrumpieron con furor. Existen 496 aparatos para una población de apenas 2000 personas. Los video club compiten con el otro entretenimiento posible en la capital: los tres pubs que venden bebidas alcohólicas, una de las cosas que nunca escasea en las islas. La dieta de los isleños también acusó el impacto del desarrollo: el jardín hidropónico recientemente inaugurado les permitió conocer el sabor del tomate, la lechuga y otras verduras que ahora acompañan la habitual carne de oveja.

En lo que hace a las tierras, no hubo en cambio demasiadas reformas: las mayores extensiones no están en manos de los isleños sino de propietarios que viven en Londres. Pese a que en los informes realizados tras la guerra se sugirió lotear algunos terrenos y venderlos en parcelas, no existen mayores avances en este sentido. Las Falklands Islands Company sigue siendo la principal propietaria, con un 40 por ciento de las tierras.

Recuerdos de la guerra

La guerra todavía está presente. Cañones y restos de aviones se convirtieron en trofeos que adornan los jardines. Menos decorativos, aún persisten decenas de campos minados, especialmente alrededor de la capital. Tras sufrir varias bajas, las tropas británicas renunciaron a limpiarlos y optaron por rodearlos de alambrados y advertencias.

Las largas tardes en The Globe, el bar más exitoso, desgranan los recuerdos del '82. Las bromas a los soldados argentinos, repetidas una y otra vez, aún arrancan algunas risas. La más popular es la que hacían los prisioneros de Goose Green amenazando con la llegada de los gurkhas, que supuestamente cortarían orejas y narices de sus adversarios. "¿Cómo sabe si llegaron los gurkhas?", preguntaban los soldados argentinos que caían en la trampa. La respuesta era siempre la misma: "Si usted puede dar vuelta la cabeza significa que todavía no llegaron".

Después de la cuarta cerveza tibia, algunos también se acuerdan del primero y único prostíbulo de Stanley (Puerto Argentino), abierto en octubre de 1982. Hizo un buen negocio con los 4000 soldados apostados en las islas, hasta que la noticia llegó a oídos de un jefe militar, que ordenó clausurarlo. Las relaciones con las tropas, que duplicaban en número a la población civil, dieron lugar a fricciones. En un principio los soldados apodaron a los isleños "Benny" en honor a un personaje de una tira televisiva inglesa que usaba un gorro similar al de los habitantes de las Malvinas. La broma se convirtió en un conflicto a tal punto que el comandante de las tropas llegó a prohibir el apodo.

Otro tema de conversación son los recién llegados. Ingenieros, economistas, abogados y profesores arribaron desde Londres y muchas veces reciben salarios más altos que los locales, lo cual genera la irritación de los isleños. Algunos tampoco ven con buenos ojos la "importación" de mano de obra de la isla de Santa Elena para suplir las carencias del lugar.

El mismo tipo de conflicto se suscitó con la construcción del aeropuerto de Mont Pleasant. Los obreros llegados de Gran Bretaña recibían un pago seis veces superior al de los trabajadores locales. En la inauguración estuvieron presentes la mitad de los pobladores: para la escasez de diversiones habituales, el hecho constituía todo un espectáculo. Un avión de la Real Fuerza Aérea descendió en la nueva pista, el príncipe Andrés estuvo a cargo del discurso y hasta hubo una torta de tres metros para celebrar la ocasión.

Tradición o desarrollo

Ahora la discusión que exalta más ánimos tiene que ver, obviamente, con el futuro de las islas. Algunos se inclinan por un pleno desarrollo, mientras que otros preferirían conservar la tradición. Incluso se baraja la posibilidad de un referéndum para dirimir la cuestión. Pese a los últimos cambios, las islas siguen manteniendo buena parte de la antigua fisonomía. La gente aún hace el pan en sus casas, no hay cines ni televisión, ni existen las tiendas de compostura de zapatos. Para los isleños, las prioridades ahora son la educación, la construcción de viviendas y el transporte: no hay casi carreteras y el medio habitual de desplazamiento es el Land Rover y la avioneta. Los jóvenes plantean otro requisito: entretenimiento. Fuera del video y del único restaurante, Monty's, las islas no ofrecen diversión.

Las Malvinas dependen del avión que llega de Londres dos veces por semana y del barco que cada mes y medio les trae lo necesario para la subsistencia. Durante mucho tiempo el correo llegó una vez al mes; los pobladores no terminan de acostumbrarse al ritmo actual, que lo trae cada dos o tres días.

Hace poco, el gobierno local vetó la entrada de dos argentinos que habían solicitado permiso en Londres para instalarse en las islas. Los isleños, sin embargo, no demuestran ya tanto rencor hacia este país. La enseñanza del español, suspendida tras el conflicto, ha vuelto a las escuelas. En Port William —Malvina occidental— dicen incluso que los argentinos no se portaron "tan mal". Allí los soldados dejaron una motocicleta, la primera que llegó a esa población de 40 habitantes.

Los pobladores la incorporaron a sus hábitos y compraron otras. Habían descubierto un buen método para perseguir a sus ovejas en los pedregosos terrenos.

Desde las islas Malvinas Andrés Ortega (El País). Juan Carlos Riste.

La profecía de Darwin

La travesía a bordo del Beagle llegaba a su fin. De pie en la cubierta, el inglés clavó la vista en el horizonte hasta que las islas dejaron de ser manchas borrosas y aparecieron las primeras casas. A su espalda, la voz del capitán Fitzroy urgía los preparativos para el desembarco.

"Llegamos aquí —escribió más tarde— y encontramos, con gran sorpresa, que estaba izada la bandera británica. Supongo que la ocupación de este lugar apenas ha sido mencionada en los diarios ingleses, pero hemos sabido que la parte sur de América está convulsionada por ello. Por los terribles comentarios de Buenos Ayres, uno podría suponer que esta gran república piensa declarar la guerra a Inglaterra."

El recién llegado era Charles Darwin. Corría 1833 y el científico empezaba un viaje de investigación de cinco años por América del Sur y las islas del Pacífico. Dos meses antes, marinos británicos habían desembarcado en las Malvinas, expulsado al gobernador militar argentino y plantado su insignia.

Bajo una lluvia que parecía interminable, Darwin recorrió a caballo la isla. Tenía entonces 24 años y la violencia del paisaje lo impactó. "La tierra es baja y ondulada —escribió— con picos de piedra y cerros desnudos; está cubierta en todas partes por una vegetación marrón, como de alambre. Se ven muy pocas plantas y, excepto agachadizas y conejos, casi ningún animal. Por la uniformidad del marrón, todo el paisaje tiene un aire de desolación extrema."

En abril, Darwin partió para seguir sus estudios en otras tierras. El Beagle volvió a recalar en las Malvinas un año después. El panorama que encontraron entonces les resultó desolador. "Con el pretexto de una revolución —escribió a su hermana Catherine— los gauchos habían asesinado y saqueado a todos los ingleses que pudieron agarrar. Aquí, nosotros, como el perro del hortelano, tomamos una isla y dejamos una bandera para protegerla; su poseedor, por supuesto, fue asesinado. Sin embargo un hombre de guerra se aventuró con varios marinos y con su ayuda y la traición de algunos del grupo, los asesinatos han sido castigados. Ahora hay tantos prisioneros como habitantes."

Años más tarde, Darwin volvió sobre las observaciones que había realizado en las Malvinas y encontró apoyo en ellas para su teoría sobre la evolución de las especies. No imaginó, en cambio, que sus otros comentarios pudieran tener algún significado con el tiempo, cuando escribió a su hermana: "Algún día esta isla se convertirá en un lugar de paso muy importante, en el mar más turbulento del mundo".



EL ATLANTICO SE VISTE DE GRIS

Por Ernesto Tiffenberg

Si en cualquier biblioteca de los Estados Unidos algún curioso quiere ampliar su información sobre un lejano archipiélago austral y escribe Malvinas en la pantalla de la computadora, o busca la palabra en el tomo correspondiente de los completos index periodísticos, sólo encontrará el silencio. En el mejor de los casos, la respuesta será un seco "consulte Falklands".

Más allá del disgusto que puede provocar en aquellos argentinos todavía no muy convencidos del lugar que ocupan en el mundo, la preferencia lingüística no tiene consecuencias estratégicas ni afectará profundamente sus vidas en el futuro próximo. Sin embargo, otras palabras de resonancia inglesa, FIRE Focus, de tramposa traducción al castellano porque además del "fuego" incluyen una sigla (Falklands Islands Reinforcement Exercise, FIRE), quizá tengan consecuencias más duraderas. En principio, ese nombre denomina los ejercicios que Gran Bretaña inició esta semana en el Atlántico Sur, con el objetivo de "garantizar que podamos defender y reforzar militarmente las Falklands si alguna vez necesitamos hacerlo de nuevo", tal como lo precisó Ian Stewart, secretario de Estado para las fuerzas armadas. Destacando el "ahorro presupuestario" que significaría su éxito, el funcionario británico agregó: "Lo importante es que hemos reducido a la mitad las tropas allá destacadas, gracias a que somos capaces de reforzarlas rápidamente. Y para hacerlo, hay que practicar". Este aspecto del problema, la decisión británica de permanecer por la fuerza en las islas así como los desvelos diplomáticos argentinos para evitarlo, ya fueron extensamente analizados.

Sin embargo, otra faceta de FIRE Focus ha merecido menos atención de la prensa. Las características del ejercicio que está desarrollando Gran Bretaña se inscriben perfectamente en la nueva doctrina diseñada por Washington para enfrentar los conflictos regionales en el Tercer Mundo. Una coincidencia más preocupante que el acuerdo lingüístico de llamar Falklands a las islas Malvinas.

Veni, Vidi, Vici

La revolución en Irán fue el golpe de gracia de lo que se conoció como "Doctrina Nixon", o sea el fortalecimiento militar de "gendarmes regionales" para garantizar los intereses norteamericanos en los respectivos ámbitos de influencia. Si se amplía la lista de países elegidos el fracaso resulta aún más evidente. Las Filipinas de Marcos, el Brasil de los militares, la Sudáfrica del apartheid. Actualmente Corazón Aquino apenas puede defenderse de la ofensiva de las guerrillas comunistas, Brasilia presentó en Naciones Unidas un proyecto para declarar zona de paz al Atlántico Sur y el destino de Sudáfrica es una de las preocupaciones fundamentales de los estrategas de la OTAN.

El propio Carter, que había intentado una variante negociadora para conjurar las situaciones explosivas en la periferia, comprendió que había llegado la hora de cambiar de libreto. Los Estados Unidos sólo podían contar con sus propias fuerzas para apagar los incendios en el Tercer Mundo. De esta conclusión se derivaron inevitables consecuencias. Si Estados Unidos interviene en algún lugar, lo mejor es hacerlo rápido, en los primeros momentos de planteado el conflicto. Después, los costos políticos serían aún mayores. Pero la velocidad exigía dos condiciones. En primer lugar, fuerzas listas para trasladarse al instante a cualquier rincón del planeta con los correspondientes medios de transporte. En segundo lugar, bases propias estratégicamente ubicadas para aprovisionar a las tropas y brindarles respaldo y apoyo logístico. Algo así como gigantescos portaaviones imposibles de hundir en el mar.

El presupuesto militar norteamericano se multiplicó para hacer frente a tamañas exigencias, superando cualquier record anterior en tiempos de paz, a la vez que se tensaron al máximo las presiones sobre los aliados para que aumentaran los suyos. La única que acudió al llamado de Reagan fue la fiel Margaret Thatcher. Elevó sin miramientos el presupuesto militar hasta llegar al 5,1 por ciento del PBI (contra 6,9 que gastó EE.UU.) y se transformó en la orgullosa compañera de juegos de Washington, aportando hombres y bases para transformarlos en realidad.

Por un lado, la guerra de Malvinas convirtió a Gran Bretaña en la principal especialista en desplazamiento rápido de fuerzas en distancias largas, incluyendo la complicada técnica de reaprovisionamiento en vuelo, que se volverá a repasar en el transcurso de FIRE Focus. Por el otro, cedió las últimas hilachas de su imperio para la construcción de modernas fortalezas norteamericanas tanto en el Atlántico (la isla de la Ascensión), como en el Indico (Diego García). Un camino que, aunque permanentemente desmentido, bien puede repetir Malvinas.

La clásica cortesía británica

En 1966 el ministro de Asuntos Coloniales británico realizó un extraño trueque: las islas Mauricio obtuvieron su independencia, largamente deseada por los nativos, a cambio de abandonar a la soberanía inglesa un pequeño archipiélago, Chagos, ubicado en el centro del océano Indico.

Chagos tiene dos islotes principales, Aldaba y Diego García, y ambos fueron alquilados poco después a los Estados Unidos. Aldaba estaba habitada por tortugas gigantes, por lo que atendibles preocupaciones ecológicas dictaminaron que la construcción de la base se realizara en Diego García, poblada por sólo 1800 nativos, casualmente la misma cantidad de habitantes que las Malvinas. En este caso nadie recordó el derecho a la autodeterminación y en pocos años los nativos terminaron en las playas de Mauricio.

Después de varios anuncios de que nada extraño estaba ocurriendo en la isla, Diego García se convirtió en uno de esos inmensos portaaviones con que soñaba Estados Unidos para respaldar sus Fuerzas de Despliegue Rápido. Tiene capacidad de almacenar cabezas nucleares y recibir bombarderos estratégicos, además de contar con una red de "vigilancia electrónica". Desde allí, Estados Unidos controla la salida de los buques petroleros hacia Occidente.

Aproximadamente en la misma latitud, pero en el Atlántico, a 2400 kilómetros de Recife, Brasil, otro islote británico arrendado a los Estados Unidos siguió el camino de Diego García. Además de dos aeropuertos, en Ascensión existe un "centro de escucha" administrado conjuntamente por ingleses y norteamericanos. Según señala Rodolfo Terragno en su artículo "Ojos y oídos en Ascensión", desde allí "se captan comunicaciones, tanto cifradas como ordinarias, no sólo de los países del Este sino, también, de América latina". Además, la base vigila el paso de los 2000 barcos mensuales que transportan minerales estratégicos y petróleo hacia Europa y los Estados Unidos.

Malvinas todavía no fue alquilada a nadie, y sus 1800 habitantes no fueron abandonados a su suerte en ninguna playa cercana sino que recibieron la ciudadanía británica. Sin embargo allí también se inició la construcción de una fortaleza. Aunque la pista de Port Stanley fue reparada y alargada, en mayo de 1986 se inauguró un aeropuerto "estratégico" en Mount Pleasant, que costó 380 millones de dólares. Sus 2100 metros de largo le permiten recibir grandes aviones, que reducen el tiempo de vuelo desde Gran Bretaña de 35 a 18 horas. Las maniobras FIRE Focus serán las encargadas de demostrarlo. También demostrarán la capacidad del nuevo aeropuerto de permitir el *despegue* de aviones de fuselaje ancho con carga completa, un ejercicio absolutamente inútil, si de garantizar la defensa de las islas se trata, pero de suma importancia para convencer a los Estados Unidos del valor del enclave como base de las Fuerzas de Despliegue Rápido en todo el Atlántico Sur.

La cercanía de Sudáfrica, una de las "regiones incendiarias del mundo" según la reciente definición del ex asesor de seguridad de Carter, Zbigniew Brzezinski, seguramente contribuirá a hacer más fácil la tarea. Después de todo, el propio secretario de Estado, George Shultz, sostiene que "está próximo el momento en que estaremos en condiciones de disuadir a los soviéticos de librar una guerra nuclear total o de atacar a nuestros principales aliados, pero no es del todo evidente que también estemos listos y organizados para impedir y contrarrestar la 'zona gris' de los desafíos intermedios a los que con toda seguridad tendremos que enfrentarnos". El aporte de la fortaleza Malvinas quizá sirva para aclarar ese molesto gris, que los estrategas norteamericanos han comenzado a ver en las aguas del Atlántico Sur.



Ronald Reagan y fiel Margaret Thatcher. Maniobras desde el jardín